

## De Amauroto a Brasilia

Sin embargo la utopía de Testa no es la del país insular creado por Moro (en cuyas ciudades no hay plazas dicho sea de paso). Al menos, así se deduce de las cuatro pinturas que aportó a la muestra del Grupo Cayc en la XIX Bienal Internacional de San Pablo (1987), cuyo tema era precisamente el de las utopías.

En cada tela aparece un cubo transparente, que cambia de posición y de color según la obra, sobre un fondo gris negro. La idea procedía de las últimas seis letras del alfabeto utopiense inventado por Moro, que son variaciones del cuadrilátero; pero al transformar la figura en volumen, Testa resaltaba los lados oscuros de la Utopía original, visión que completaba con la cita más o menos fiel de algunos versos del himno o lema de los utopienses, utilizados ahora como elemento satírico.

Los versos escritos por **Moro (y por Testa) en el alfabeto de los isleños dicen: “Yo la única en toda la Tierra señalé a los mortales, sin filosofía, una ciudad filosófica”**. En su conjunto, la serie acentuaba los matices abstractos de la comunidad isleña y censuraba aún la necesidad que tuvo Moro de plantear una sociedad ideal para hacer más fuerte el contraste con la sociedad británica de entonces, opresiva y desigual.

Tampoco negaré la existencia en la república utopiense de muchas cosas que más deseo que ver implantadas en nuestras ciudades. Es que nadie podría estar de acuerdo con los lados oscuros de la isla de Utopía que transparentan los cubos de Testa, convertidos en presencias fantasmales y quizá inhumanas: la práctica de la esclavitud, la política de dominio y expansión, la agobiadora hegemonía de lo colectivo sobre lo individual, el tedio de una armonía planificada y sofocante, la monótona regimentación de viviendas y huertas, la vigilancia de todos los actos del ciudadano para que nunca esté ocioso, el esparcimiento reglado, el control de los viajes por el interior, la desconexión con el mundo. Estas condiciones echan sombras sobre las virtudes del régimen utopiense como el gobierno democrático, el odio al despotismo, la absoluta libertad de culto, la organización sensata del trabajo (seis horas por día), la trascendencia asignada a la educación y la cultura, el sistema de bienes comunitarios, la solidaridad social, el amor a la naturaleza.

Hay un rechazo, pues, a la ciudad filosófica mencionada en el himno utopiense como ente o cuerpo inanimado. Pero las ciudades de la utopía salieron de la literatura (política o novelesca)

para adentrarse en la arquitectura. La búsqueda de racionalidad y transparencia confirmó entonces, en nuestro siglo, la tesis según la cual bastaba con diseñar una perfecta idea de la ciudad para alcanzar el reemplazo a los libros de Moro, Campanella, o Bacon, y ya hemos citado los nombres contemporáneos de Amarouto, Civitas, Solis, Nueva Atlántida e Icaria: Chandigarh, Brasilia.

Cierto es que en estos dos casos los proyectos de Le Corbusier y de Lucio Costa revelaban una acendrada intención humanista y una sólida capacidad técnica. Pero es también cierto que otros planificadores y arquitectos se hundieron en la parodia: barrios, manzanas y edificios distribuidos por el mundo entero dan testimonio de esta caricaturesca versión de la utopía hecha ciudad.

Todo indica pues que Testa cree necesario recobrar la utopía de de la ciudad, condenada, sin defensa, para erigir desde allí una definitiva ciudad de la utopía que tenga por origen y destino la vida del hombre. La serena y tempestuosa vida del hombre y sus memorias, sus obsesiones, sus quimeras, sus angustias, sus júbilos, sus añoranzas, sus deseos, sus mitos, sus amores. No la mera subsistencia de un sujeto de laboratorio, anónimo, impasible y vacío.

Tal vez Borges compuso la más aproximada definición de esta ciudad al decir de Buenos Aires, 'Es la otra calle, la que no pise nunca; es el centro secreto de las manzanas, los patios últimos, es lo que las fachadas ocultan es mi enemigo, si lo tengo; es la modesta librería en que acaso entramos y que hemos olvidado; es esa racha de milonga silbada que no reconocemos y nos toca; es lo que se ha perdido y lo que será; es lo ulterior, lo ajeno, lo lateral, el barrio que no es tuyo ni mío, lo que ignoramos y queremos' (1969).

Glusberg, Jorge (1999) *Clorindo Testa, pintor y arquitecto*. Buenos Aires: Editorial DONN S.A. (pp 104 a 106)